

EL ABANICO DE ENCAJE

I

Había entrado en el Hotel Drouot aquella tarde creyendo asistir a la venta de una biblioteca en que figuraba un volumen que andaba buscando desde hacía algún tiempo: un volumen bien modesto y que nada tiene de común con los alditos y los elzevirianos de las grandes colecciones. Se trataba sencillamente del La Fontaine en un solo tomo, impreso por Rignoux en 1826 y que llevaba el siguiente colofón: «H. Balzac, editor-propietario, calle de los Marais-Saint-Germain, núm. 17», el primer libro publicado por el novelista cuando pensó establecerse. Me había equivocado de día. Pero estaba escrito que mi devoción por el gran Honorato había de verse recompensada de un modo en que mi amigo Lovénjoul, el Ferragús de los balzacianos, no hubiese titubeado en reconocer una misteriosa influencia del maestro. ¿Cómo explicar, si no, que al ir al lugar de las cosas abandonadas para buscar una reliquia del orden más humilde, haya recogido una de esas anécdotas como las quería Balzac, una anécdota en que

hay frivolidad y compasión, capricho y humanidad, y algo también de ese tierno carácter femenino que adoraba el autor de Honorina? No faltó allí tampoco esa nota irónica que la vida se complace en poner al margen de todos nuestros recuerdos delicados. He aquí la historia.

Cerciorado del error de fecha que hacía inútil mi paseo, trataba de ganar la escalera. Detenido un momento por la multitud que se agolpaba contra la puerta de una de las salas, tuve la curiosidad de preguntar a un guardián qué venta atraía aquel gentío.

—La de Manón Lescaut—me respondió el hombre.

Recordé, en efecto, haber visto anunciada en los periódicos la muerte de aquella mujer galante que había osado tomar un sobrenombre tan sonoro. No conociéndola más que por él, no tenía motivo alguno para entrar en aquella sala donde se hacía almoneda de sus objetos. Sin embargo, un maquinal instinto de imitación me hizo mezclar a los curiosos dispuestos a asfixiarse allá dentro y, pocos minutos después, me encontré, empujado por la avalancha, en un rincón, desde donde podía ver perfectamente los lotes para vender y los compradores. ¿Quién no conoce este espectáculo? Siempre el mismo muestrario de trajes escandalosos y de equívoca ropa blanca, de muebles llamativos, de objetos de arte dudoso, de joyas de relumbrón, y en torno de estos restos de un lujo a la vez triunfante y despreciado, ¡qué comentarios y qué público! Indignas compradoras de ropas, mujerzuelas envidiosas y burlonas, sórdidos cambalacheros, farsantes desocupados... Por eso mi asombro fué enorme cuando reconocí en primera fila entre aquella multitud a una de las mujeres más distinguidas, de lo más «bien», como dicen algunos, de

este París que todavía conserva algunas señoras dignas de este nombre, gracias a Dios: la condesa de Megret-Fajac. Ya era extraordinario que la señora de Megret hubiese entrado en esta sala, sabiendo lo que en ella se vendía; pero que siguiese la subasta de aquellas infames elegancias con interés manifiesto, era cosa de no creerlo quienes conociesen su carácter y su susceptibilidad de sensitiva. Todo su ser lo revelaba la fineza de la fisonomía delicada y espiritual, la grácil esbeltez, los gestos sobrios, la levedad de las manos y los pies. Después de diez años, que pronto hará, que me hizo el honor de admitirme en su intimidad, ya he dicho en otra parte a consecuencia de qué encuentro (1), siempre he hallado en ella tal comedimiento en las maneras, tal agitación casi morbosa ante la menor palabra algo fuerte, tan estricto cuidado de los gestos y las frases, que resultaba asombroso verla sentada en una silla, pegada a la verja y siguiendo los martillazos que adjudicaban los falsos tesoros de una impúdica famosa. ¡Y más asombroso todavía, que disputase a ciertos concurrentes uno de los objetos que pertenecieron a aquella mujer! Eso fué, sin embargo, lo que en una ocasión hizo delante de mí, que la miraba y la escuchaba como atontado. El tasador había sacado a subasta un pequeño abanico antiguo montado en marfil y guarnecido de encaje de Alenzón.

—Cincuenta francos—había gritado—. ¿Hay quien le compre por cincuenta francos?...

—Sesenta francos—respondió una voz casi imperceptible: la de Alicia de Megret-Fajac.

La rareza de la acción que se atrevía a cometer, agitaba su corazón hasta el punto de quitarla casi el aliento.

(1) V. *Caridad de mujer*, en *Viajeras*.

— Sesenta—replicó una voz de hombre que yo creí, cosa extraña, reconocer también, pero sin identificarla. Intenté distinguir el rostro del que disputaba a la delicada condesa aquella baratija deshonrada por su procedencia. Un muro de hombros y cabezas me impidió percibir al competidor de la señora de Megret-Fajac, que había ya sobrepasado la puja de aquél.

— Cien francos—había dicho ella con el tono de quien sube de golpe la subasta para terminar.

— Ciento veinte—respondió la otra voz, y la lucha continuó entre estos dos caprichos.

— Doscientos francos...

— Doscientos cincuenta...

Hasta que la condesa Alicia dejó caer, con un acento cada vez más firme, la cifra de mil francos, enorme para un objeto de aquella insignificancia. Esta vez la puja no subió más. El martillo del tasador cayó adjudicando el abanico de la cortesana a la gran señora. Apenas entregó el billete azul a quien correspondía y escondió el abanico en el manguito, cuando la compradora se levantó. Como si no hubiere ido más que para aquella compra, se deslizó entre el gentío hasta la puerta, donde yo la alcancé. Ella no me había visto y quizá tenía sus razones para preferir que su extraña compra no hubiese sido notada. El deseo de poner en claro un enigma del que yo no comprendía ni una palabra, venció en mí al escrúpulo y me presenté a ella en el mismo instante en que ganaba la escalera.

— Tengo que confesarle que acaba usted de asombrarme—le dije después de las dos o tres frases obligatorias de cortesía mundana.

— ¡Ah!—contestó ella—. ¿Estaba usted allí?...

Sus mejillas pálidas enrojecieron. Bajamos silenciosos varios escalones; yo, avergonzado de mi indis-

creción; ella, visiblemente turbada. Luego, levantando la cabecita con el gracioso movimiento algo altanero que tiene en ciertas ocasiones, me preguntó:

— Y ¿puede usted decirme si ha encontrado explicación para lo que me ha visto hacer, y cuál es ella?...

— Conociéndola—repliqué—, y si se tratase de otra venta que la de Manón Lescaut, apostaría que era algo de caridad...

— No se puede estar más desacertado — interrumpió ella con alborozada risa.— ¡Algunas mujeres, como ella, muy desgraciadas y honradísimas, tienen momentos de alegría infantil que descubren tanta frescura de alma detrás de su habitual melancolía!...— Aquello no fué más que un instante, y pensativa otra vez, me enseñó la estrecha caja de raso ajado que encerraba el abanico, y continuó: — Habla usted de caridad... Pues bien: lo que este objeto representa para mí, es precisamente una caridad que no he hecho. Por esto he querido tenerlo.— Otra vez calló. El enigma se había obscurecido. Sin embargo, aquellas últimas palabras tenían un sentido. La encantadora y espiritual condesa es de las que guardan a través de las frivolidades del mundo los ardientes fervores de una piedad rayana en el misticismo. Es lo que se dice el cilicio bajo la seda. Yo no dudaba ya: el recuerdo suscitado por ese abanico la era doloroso y ella quería hacérsele más tangible, más real, martirizándose la conciencia con un remordimiento. ¿Qué remordimiento? ¿Me atrevería a insistir para saberlo?... Ella me ahorró esta nueva y más grave indelicadeza. Habíamos bajado la escalera. Me preguntó:

— ¿Dónde va usted?—Y al contestarla yo, añadió: — Voy a dejarle allí de paso. Tengo el automóvil a la puerta. Le contaré todo—añadió dulcemente iró-

nica—, no para proporcionarle asunto para una novela, como las colaboradoras desconocidas de los escritores...—y otra vez sería, después de aquel ingenuo empeño—sino porque esta aventura es una lección que puede servirle como a mí me ha servido y me servirá...

II

— Hace de ello quince años—comenzó, mientras el carruaje rodaba, tan pronto lanzado a toda velocidad como detenido casi instantáneamente, pero siempre demasiado veloz para mi deseo, porque su rapidez iba poniendo fin a las confidencias de aquel alma hermosa, tan verdaderamente digna de su alcurnia por la aristocracia de su sentimiento—. Yo pasaba el invierno en Cannes. La temporada era sumamente brillante, debido a la presencia de varios príncipes extranjeros. Aun los asiduos a la Croisette se lamentaban de que hubiese tantas Altezas imperiales y reales. ¡Figúrese qué número habría!... La casualidad quiso que en uno de los bailes dados por una de esas Altezas en casa de la señora de Carlsberg, esposa morganática del archiduque Enrique-Francisco, me encontrase sentada al lado de una joven que me interesó notablemente. Era muy joven, muy bonita y estaba vestida con extremada sencillez, casi con pobreza, que contrastaba vivamente con el lujo de los atavíos ostentados a nuestro alrededor por las americanas y las rusas que llenaban el salón. Esa modestia de su traje le daba un encanto de rusticidad que aumentaba todavía la expresión bravia de sus ojos. Era evidente que no conocía a nadie en aquella reunión. Encogida e inmóvil en un extremo

del diván, veía danza tras danza, sin que ninguno de los hermosos jóvenes que discurrían entre los grupos, la flor y nata de Niza y Monte Carlo, se dignase siquiera invitarla a un baile. Había en aquella cara de veinte años una mezcla ingenua de tentación y desencanto, de ironía y timidez. La música voluptuosa de los *tziganes* encendía la fiebre en sus ojos. Se la sentía devorada por el deseo, tan natural a su edad, de ser una de las felices en la fiesta. Al mismo tiempo, se la veía tan humilde, esforzándose en pasar inadvertida con su modesto traje de muselina, que de tal manera me interesó, que busqué a la señora de Carlsberg para preguntarle quién era aquella desconocida y hacer que me la presentara...

— ¿Tenía yo razón o no, hace un momento?—interrumpí—. ¿No era eso una caridad?

— No—replicó la señora de Megret—. Una curiosidad. Lo cual es casi siempre lo contrario... Pero déjeme continuar. La señora de Carlsberg tuvo necesidad de preguntar al secretario de su marido para contestarme. Al fin supe que mi desconocida era la señora de Journault, esposa de un oficial de Marina, y estaba casada hacía dos meses apenas. Su marido había estado ocho días antes de servicio cerca del príncipe en cuyo honor se daba la recepción aquella noche. Esta coincidencia hizo que su mujer y él estuviesen inscriptos en la lista de invitados. El se había sentido enfermo poco antes de ir, y ella asistió sola. Supe algunos de estos detalles por la señora de Carlsberg y otros por la señora Journault, cuando me la presentó la dueña de la casa y comencé a hablar con ella. Parece que la estoy viendo ahora mismo, temerosa al principio, confiada luego, elevando hasta mí sus hermosos ojos oscuros, donde podía leerse el mudo reconocimiento de una muchacha que ha encontrado una protectora inesperada... Pronto co-

menzó a animarse. Algunos hombres de mi sociedad llegaron a saludarme. Se la presenté. Su encanto natural y rudo, que ninguno de ellos había notado, les sedujo al verla hablando con una persona de su categoría. La invitaron a bailar, y bailaba maravillosamente, con una gracia exquisita. Tuvo éxito, y lo conoció con íntimo regocijo. En cada intermedio iba a mi lado, como para ofrecerme su alegría y su triunfo. Comenzaron las confidencias sobre su niñez, pasada toda ella en Brignoles, en un pueblecito de las montañas del Var, y sobre su vida de convento en Marsella, de donde había salido seis meses antes para casarse. Acabó hablándome de su marido, que «era muy bueno», me decía, «muy bueno». Al pronunciar estas palabras tenía en la mirada un tinte de melancolía que me hizo interesar más por ella. Toda una novela se fraguó en mi mente: la de una niña demasiado delicada para su destino, que no tenía ni padre ni madre, me había dicho que era huérfana, y a quien sus allegados, deseosos de librarse de ella, habían casado de prisa y de cualquier modo. La única nota falsa de aquella noche fué el recuerdo de una abuela que era, me dijo, una dama noble antes de la Revolución. En su acento creí adivinar que mi joven amiga era algo vanidosa, pero ¡de un modo tan infantil! También sorprendí un peligroso despertar de su imaginación cuando me habló de sus lecturas. No le gustaban más que las novelas, y aun de este género literario había leído muy poco, según me dijo. ¿Querrá usted creer que la que acababa de leer y de la cual me habló con entusiasmo era esa inmortal obra maestra del abate Prevost, de la cual debía más tarde, una vez degradada, sacar su nombre de batalla?...

— ¡Luego Manón Lescaut y la señora Journault...? —pregunté yo.

— No son más que una sola persona— respondió la señora de Megret-Fajac—. Escuche ahora de qué manera más sensible y más extraña supe aquella metamorfosis de la candorosa mujer del pobre oficial de Marina en una de las princesas del mundo galante. Pocos días después de aquella velada, dejé Cannes precipitada a causa de una grave enfermedad de mi suegra, sin que volviera a ver a mi protegida del baile Carlsberg.

Ella me había dicho que el buque de su marido anclaba en Villefranche, y por eso no me extrañó que no hubiese ido a visitarme al día siguiente. Yo pensaba regresar tan pronto como mi suegra estuviese restablecida; pero su indisposición se prolongó. No volví a Cannes durante aquella temporada. Las circunstancias hicieron que estuviese tres inviernos sin volver a la costa y sin tener más noticias de la señora Journault. Sin embargo, yo no la olvidaba; pero en vano dije su nombre a algunos marinos: —¿Journault?—me había contestado un almirante—. ¿Journault?... Espere... No conozco más que a un excelente oficial que está en China.—Y otro: —¿Journault?... Sí... Está en Terranova. —¿Journault?—me había dicho un tercer interlocutor—, creo recordar que hay un Journault en Brest. Yo me informaré...— Siempre había insistido para saber también algo sobre la joven. Nadie la conocía. ¡Figúrese, pues, mi sorpresa al encontrar esa huella perdida, y ¡de qué manera!... Era precisamente el cuarto invierno después de aquel en que ocurrió la escena del baile. Estaba en Niza pasando algunas semanas con unos amigos. Un primo mío, que usted conoce, Santiago De Breves, fué a visitarme. Aunque se había alejado mucho de nosotros, de mi marido y de mí, esto no era bastante para justificar la turbación que noté en él desde el principio de nuestra conversación. De re-

pena, y como un hombre que hace un gran esfuerzo: —Alicia—me dijo—, prométeme que no te ofenderás. Traigo para tí una extraña comisión. —¿Cuál? —le interrogué asombrada por su aspecto, pero bien lejos de sospechar la menor relación entre este preámbulo embarazoso y la antigua pensionista del convento de Marsella. —Prométeme otra vez— insistió—que no te vas a ofender... —¡Te lo prometo!— dije riendo—. ¿Es tan grave entonces?... —Muy grave, no, ¡pero tan extraordinario!... En fin: he cometido la tontería de empeñar mi palabra y yo soy del parecer de aquel que decía: es necesario cumplir la palabra aún con los ladrones... Además, tengo cierto interés en saber si mi comitente me ha dicho la verdad... ¿No me reñirás tampoco por lo que voy a decirte?... Ayer estaba yo cenando con una hermosa mujer conocida en el mundo galante con el nombre de Manón Lescaut. Yo no sé si ella sorprendería alguna frase cambiada entre uno de los comensales y yo, en la que dije que estabas en Niza, ó si se ha informado de otra manera: el hecho es que me llevó aparte un momento y me dijo: —¿Es usted el primo de la señora de Megret-Fajac? —Sí—respondí. —¿La ve usted con frecuencia?— insistió ella. —No tan frecuentemente como debía y como yo desearía—le dije. —Pero usted la ve...—agregó—. Entonces, déme su palabra de que ha de hacerme un favor que a usted no le compromete a nada y para mí será un gran beneficio... —¡Por Dios!, prima—continuó Santiago—. ¡Qué irreflexivo estuve! He sido débil. Prometi... Manón entonces me dijo: —Yo no he sido siempre la que soy ahora. Yo he estado casada y he sido recibida en la alta sociedad. Me llamaba la señora Journault. Este es un secreto que confío a su caballerosidad. En aquella época, y en cierta ocasión que la señora de Megret-Fajac recordará si usted le dice

mi verdadero nombre, fué muy buena para mí, muy buena... y nunca le he dado las gracias... Yo querría que, como recuerdo de aquella simpatía que me demostró una noche, me permitiese ofrecerle un objeto del que no puedo servirme ahora que me he convertido en lo que soy. No tiene nada de precioso. Es un abanico de marfil con punto de Alenzón que heredé de mi abuela. Ella lo sabe porque la hablé de eso... En fin, réguela, ya que tuvo compasión una noche de la pobre abandonada en aquel baile, que seguramente recordará, que acepte y guarde esta reliquia de lo que yo era, de lo que no seré jamás...

— Usted rehusó naturalmente ese regalo— exclamé yo—, y eso es lo que se reprochaba al hablarme de caridades que no había hecho... Pero es inaudito que De Breves se hubiese atrevido siquiera a transmitir a usted esa comisión de una mujer de esa clase...

— Mi primo estaba apasionadamente interesado por ella—respondió la señora de Megret—y, como me había dicho, quería saber si le había mentado. La historia de la caída de la señora de Journault, que después supe, había sido muy sencilla. Encantadora como era, coqueta, viviendo en las inmediaciones de Niza y Monte Carlo, se había dejado hacer la corte por uno de los innumerables grandes señores extranjeros que van a distraerse a la costa desde diciembre hasta mayo. Ella, como tantas otras, había sucumbido al atractivo del lujo. Había sido raptada y abandonada luego. Es verdad que ahora era una ramera, pero conservaba una nostalgia lacerante de su honor perdido. Yo hubiera debido comprenderlo y también que la loca idea de ofrecerme aquel abanico a mí, que había sido buena para ella, no significaba más que una súplica para que la compadeciese, para que conservase en mi memoria, en lugar aparte, la

seguridad de que no todo había muerto para ella y que ella valía más que su vida. No lo comprendí... y rehusé el abanico, no sin un remordimiento. Había en aquel paso, dado por mediación de otro, un llamamiento de la mujer a la mujer que, a pesar de todo, me conmovió. Sin embargo, rehusé. Vea la consecuencia. Algunos días después, estaba comiendo con mi marido y un matrimonio amigo en una de las salas de un gran restorán de Monte Carlo. A dos pasos de la nuestra estaba preparada una mesa con seis cubiertos, a la que se acercó, acompañada de dos mujeres y tres hombres, la que yo había conocido señora de Journault. La modesta y sencilla joven que me había interesado tanto en el baile de la señora de Carlsberg, se había convertido en lo que usted puede figurarse. Escandalosamente pintada, desafiadora la mirada y provocativa la boca, con uno de esos trajes llamativos que son un anuncio, se sentó a su mesa. Miró a su alrededor. Me vió... Después de tantos años, no he olvidado la impresión de malestar que me produjo su amarga sonrisa. Pasó por sus pupilas de odio y de recelo una especie de arrogancia insultante y una cólera apenas contenida. En seguida comenzó a hablar y a reír tan alto, que todo el mundo se volvía. Siempre oiré cómo interpeló al camarero que había llevado un plato que no la agradó: —Diga al encargado que si nos sirve otra vez así, Manón Lescaut le *tirará el plato a la cara*. No eran éstas, precisamente, sus palabras. Y continuaba mirándome fijamente. Era como si me gritase con su voz, sus gestos, su altanería: —Usted no quiere ver en mí más que una ramera. Me lo ha hecho usted notar al rehusar mi pobre homenaje. ¡Pues bien, lo soy, y como tal me conduzco!...—Lo que había de particularmente desagradable en aquella actitud era la presencia de mi primo a su lado. Ya sabe usted

que este rozamiento del gran mundo y el mundo galante es lo corriente en esa abominable caravana del vicio cosmopolita. Yo había tenido la debilidad de ir allí llevada por mi marido, en rigor, y también porque es de mal gusto hacer sentir demasiado a los amigos y amigas que hacen mal en vivir cierta vida. Bien castigada estaba yo con semejante vecindad... Mi primo se encontraba, y bien se excusó después, entre la vergüenza del escándalo y la pasión que comenzaba a sentir por aquella criatura. No era su querida. Lo era de uno de los que cenaban con ellos. ¿Se imaginaría la desgraciada que iba a mortificarme tomando a Santiago por amante? ¿Lo haría para enfangar más la delicada idea que había tenido, arrastrando en su ceno con ella al que había sido su infortunado mensajero? El caso es que la misma noche volvía de Monte Carlo con Santiago, rompiendo abiertamente con el otro. El resultado fué un duelo a pistola entre su ex amante y Breves, al día siguiente, y en el cual, afortunadamente, ninguno resultó herido, y, lo que es peor, una unión de mi pariente y aquella mujer en la que ésta fué sistemáticamente, obstinadamente, terrible de fría explotación... Pues bien—continuó la condesa Alicia después de un silencio—: siempre he pensado que si yo hubiese tenido la caridad de aceptar aquel abanico de punto de Alenzón, que ella me había ofrecido, no habría hecho a mi primo el daño que le hizo, ni ella se lo habría hecho a sí misma... Cuando teí su muerte y el anuncio de la almoneda en los periódicos, me procuré el catálogo. Al ver que ese objeto se encontraba allí, quise comprarlo para tenerlo siempre y recordar que nunca hay que rechazar ningún movimiento delicado de ningún alma. Siempre se puede ayudar a los buenos a ser mejores y a los malos a no hacerse peores.

III

Hablando así, la encantadora mujer sacaba de su estuche y me enseñaba el abanico asociado para ella a ese hermoso y noble sentimiento de una caridad rehusada. Abrí las frágiles varillas de marfil, en que se veían pagodas y pájaros con el delicado estilo chino del tiempo de Luis XV. Las flores de encaje se esfumaban sobre el tul amarillo. Un penetrante aroma de viejo perfume se desprendía de él. Devolví esta reliquia a la señora de Megret-Fajac, con una emoción de la que no puedo sonreírme ni aún después del epílogo que la casualidad puso a esta confianza y que voy a transcribir en toda su brutalidad.

No hacía una hora que había bajado del automóvil de la condesa Alicia, cuando me llegaba un despacho azul, firmado con un nombre que me hizo reconocer inmediatamente y retrospectivamente la voz cuyo timbre me había sorprendido en el Hotel de Ventas. Era el contrincante de la señora de Megret en su paradójica subasta, que me pedía una entrevista para el día siguiente. Paso por alto los detalles, para referir únicamente las palabras que me dirigió aquel visitante, un excelente oficial de Marina a quien había conocido en el Círculo:

— Le he visto salir ayer del Hotel de Ventas con la señora de Megret-Fajac... ¿Tiene usted con ella bastante confianza para decirle que un pobre diablo de ex teniente de navío le pide humildemente que le ceda, a menos que tenga razones para conservarlo, el abaniquito de encaje que compró en la almoneda de Manón Lescaut?... Una palabra va a revelárselo

todo: Manón se llamaba por su verdadero nombre la señora Journault, y yo fui su amante entonces, el primero yo creo. Ese abanico era regalo mío y hubiera querido de buena gana rescatarle, como recuerdo de Manón... No he podido pujar más, pero estoy dispuesto a dar a la señora de Megret el precio que ha pagado. ¡Si supiera usted qué hermosa era!...

No hay que decir que imaginé un pretexto para declinar esta misión, y que jamás dije a la señora de Megret-Fajac nada que la revelase en su protegida del baile en la villa Carlsberg una comedianta de la peor especie. ¡Quién sabe, sin embargo! ¡Quizá al contar aquella historia de una reliquia legada por su abuela y que no quería profanar, la desgraciada Manón Lescaut no había mentado más que en los hechos! ¡Quizá creyó en el papel que representaba al tiempo de hacerlo! ¿Se explicaría de otro modo si no su cólera del restorán? ¿No querría, por ese procedimiento, enganchar a Santiago De Breves? Sea lo que quiera, la condesa, por su parte, no desempeñó papel alguno, y ¿para qué desilusionarla con el relato de una villanía? ¿Para qué profanar el santuario en que guarda la imagen de esa falsa Magdalena, la cual quizá le ha rendido homenaje a su manera, engañándola?...